

Cultura a la contra

Plásticos otoñales

LA inmovilidad es el secreto; la catatonía, la solución; en una ciudad tan agresivamente móvil como lo es Madrid —tráfico es movimiento, un continuo cambiar cosas y personas de sitio—, lo mejor sería poder no moverse. Sustituir, incluso, el movimiento incesante de la sangre en las venas por una tranquila corriente —dos o tres pulsaciones por hora, como mucho— de plástico fundido y viscoso. Y olvidarse, por favor, de lo que es el pensamiento. Y no analizar nada; y prepararse así para el invierno que viene, con sus modas multicolores. El silencio y el frío nos agarrarán a todos, sin dejarnos capacidad alguna de movimiento. Porque lo único que no congelará el invierno serán los precios.

Adelantándose a esta práctica meditabunda y quietista, vinieron a Madrid a visitarnos —aprovechando un rodaje de TV— Devo, un grupo de pop brillante y rápido en sus reacciones musicales. Parece ser que se dio una rueda de prensa. Yo los vi, quietos; hieráticos, esfinges enfundadas en monos de plástico amarillo, cubiertos los rostros por gafas antifaces; inexpresivos y callados, consiguieron una envidiable compostura y economía de movimientos. Hicieron su circo de humanoídes, su número de saltimbanquis inmóviles. Los demás asistentes a la rueda de prensa quedaron —por lo menos, aquellos con quienes yo hablé— un poco desencantados, frustrados por la falta de respuesta que obtuvieron de estos profesionales del espectáculo, que llevaron su numerito un poco demasiado lejos. Yo me divertí: tomé una copa de wodka naranja con buenos amigos a los que no vela desde hace tiempo y escuché discos —de Devo, naturalmente— que me gustan. Y, al fondo, tenía a esos músicos, como sombras amarillas en un paisaje otoñal, interior color de coca-cola. Músicos que no tocaban, que no se movían, que no hablaban casi: la no-respuesta ante cualquier situación; el no-conflicto. La demostración evidente de lo que es no mezclarse en asuntos humanos, pero mostrarse en ellos.

Una de las curiosas particularidades de esta década que empieza —la de los 80, que también se caracteriza por haber empezado antes de tiempo, en el 79—, es el deseo de deshumanizarnos que nos caracteriza a la mayoría de los humanos: parece como si nos hubiésemos dado cuenta por fin, y en forma bastante masiva, de lo fea que es esta raza viscosa, blanda y entre imberbe y peluda que se llama Humanidad; especie asesina y dubitativa, sin muchas cualidades interesantes o útiles. Ya hace años —quizá desde antes de los sesenta— que los humanitos jóvenes se consideran "mutantes", y convierten así el desajuste generacional en una ruptura mucho más importante, en una ruptura con los intereses de la especie humana. Parece que se ha empezado a ver con claridad que este rollo no tiene solución; que o se cambia radicalmente o nos vamos al garete. O nos quedamos en lo mismo, que puede ser peor. Los chicos de los 60 pensaban llegar a la soñada mutación por medio del ácido, los mantras y cierta libertad sexual —condicionada, claro; los niños de las flores eran, en el fondo, tan puritanos como sus padres—. Los de los 80 no ofrecen nada: una música privada de emociones, convertida en puro sonido. Una imagen de impasibilidad heredada de Andy Warhol. Y la consciencia continua, que es consciencia de horror, naturalmente. No ofrecen nada más.

Pueden confundirse estos seres de plástico otoñales con idiotas completos, pero no es así. La impasibilidad no es idiotéz, sino un medio para llegar a la ataraxia. Y la ataraxia es deseable; en el infierno. ■ EDUARDO HARO IBARS.

aire de lo improvisado, de lo espontáneo, de lo natural. Probablemente todo lo contrario de lo que "Alguien voló sobre el nido del cuco", la anterior película de Forman, daba a entender. Con "Hair", Forman recupera aquel tono narrativo que le hizo famoso en los años sesenta cuando creía en "la primavera de Praga" y sonreía sin problemas. ■ D. G.



TEATRO

"Tito Andrónico", de Shakespeare

Está claro que el Lliure no sólo venía a Madrid a hacer teatro, sino a "demostrar" algo. A las constantes referencias que nos llegaban de sus montajes se sumaba la concesión del último Premio Nacional de Teatro, que algunos, por aquello de reducir

la cuestión a la nacionalidad de los autores de los textos y por ser tales autores en el caso del Lliure mayoritariamente extranjeros, pusieron en cuarentena. Ahora, la "demostración" ya está hecha. Porque el Lliure ha probado, tras sus representaciones de Buchner, Olov y Shakespeare, tan distintas en su estilo, que se trata de una institución teatral solidísima, con una encomiable homogeneidad en sus intérpretes, un claro sentido de la teatralidad y una imaginación rigurosa. Y esto, por encima de los distintos valores de cada representación y las apreciaciones últimas que cabría hacer sobre sus actores. Lo que se impone es la honestidad y el buen nivel general, nacidos, sin duda, de un trabajo y de una conciencia colectiva desarrollados dentro y fuera de los espectáculos concretos presentados.

Nadie podría decir, por lo demás, que el Lliure ha elegido textos fáciles u obras con las que complacer determinadas exigencias coyunturales. Alzar la bandera del teatro catalán a base de poner una lengua, una sensibilidad y una tradición de búsqueda

"Tito Andrónico", de Shakespeare, por el teatro Lliure.



DESDE 1910
BANCO ZARAGOZANO